





R/2330
TRADICION POPULAR DE GALICIA.

VAICHE

NA MISA EN CONXO,

POR

D. DOMINGO CAMINO.



CORUÑA:

Establecimiento tipográfico de Fuga,

1863.

R. 13878

TRADICION POPULAR DE GALICIA

VAICHE

NA MISA EN CONXO

POR

D. DOMINGO CAMINO



COBUÑA

Establecimiento tipográfico de Pagan

1883

VAICHE NA MISA EN CONXO.

Siempre excitó mi curiosidad el dicho comun y tradicional de los habitantes de Santiago, que va al frente de estas líneas; á fin de satisfacer aquella observé, que se valian de él cuando querian significar que habia pasado mucho tiempo sobre algun acontecimiento; de lo que deduje, que algun hecho histórico encerraban las tan repetidas expresiones, y no me engañé.

En una hermosa tarde de la primavera del año de 1850, dirigí mis pasos á orillas del rio Sar, lugar de gratos recuerdos, pues era el paseo á donde, siendo niño, me llevaba mi adorada madre para que me embelesase con los encantos de la deliciosa campiña, en la que habia jugado mil veces sin comprender el gran misterio, que encerraba tan bello

panorama. Entonces no sentia el placer que me embriagaba en la tarde de que os hablo; la memoria de lo pasado embargó mi espíritu y en mi enagenamiento me figuré ver á mi madre, que descendia de los cielos sobre nubes de nácar, sonriendo como el angel de la virtud al ver un bienaventurado, y me hablaba asi:

«¡Contempla, hijo mio, las bellezas que te rodean; fija tus miradas en la tierra cubierta de pintadas flores; abre tus oidos al sonoro canto de las aves; aspira el aromático perfume de las auras y mira al cielo donde un sol derrama torrentes de luz é ilumina el mundo; pero no olvides que todo es hechura de un solo *fiat* que pronunció el Señor. Si niño ayer, tu alma dormia en brazos de la inocencia, hoy hombre, lee en esas páginas de la naturaleza la existencia del Omnipotente, autor de todo lo creado, póstrate ante Dios!»

Calló la voz, y en medio del júbilo que se apoderó del corazón, pronuncié estas palabras:

«¡Madre mia!... aun que no hubiera bebido en vuestras santas lecciones el sagrado néctar de la religion católica, en medio de las maravillas que me rodean, hubiera exclamado como *Labruyere*: esto basta para saber que Dios existe!

Pernonad, lectores, mi digresion; si sois buenos hijos, vez que es una plegaria que consagro á mi madre..... que ya no existe!

Compaded al huérfano, aun que censureis el escritor.

Al desaparecer mi grata ilusion, me hallé al lado de un venerable anciano, que por su presencia revelaba ser hombre de posicion; sentado estaba al pié de un hermoso sauce gozando de su apacible sombra; al acercarme á él observé que un traseunte, despues de saludarlo, le dirigió la siguiente pregunta:

—¿Marchó vuestro hermano?

A lo que contestó:

—*Vaiche na misa en Conxo.*

Satisfecho con tal respuesta el traseunte, volvió á saludarle y continuó su camino.

Al oir al anciano pronunciar las anteriores palabras, corré hácia él con extraordinaria emocion y aunque con timidez, le dije:

—¿Tendreis la bondad de esplicarme, si es caso lo sabeis, la tradicion de esas palabras?

Al ver mi franqueza se sonrió, y con voz tierna me responde:

—Sentaos aquí y es relataré lo que sé sobre

este punto, que en verdad pocos son los que lo ignoran. ¿Quién no oyó hablar, viviendo en Compostela, de la muerte del arzobispo don Suero Gomez de Toledo?

—¿Cómo? interrumpí ¿tiene ese dicho relacion con tan infausto acontecimiento?

—Y tanto!.. escuchad: con motivo de la guerra, que desde los primeros años del reinado de don Pedro de Castilla, el Cruel, le movió su hermano don Enrique, llamado el Bastardo, por ser hijo de doña Leonor de Guzman. de quien lo hubo Alonso XI, padre de aquel, á la sazón casado con doña Maria de Portugal, se dividieron los prohombres de Castilla y de Leon; unos siguiendo al legítimo rey y otros la causa del Bastardo. En Compostela don Suero defendia el partido del último, lo que venia á ser de gran significacion por cuanto don Suero era el primer señor feudal, pues dentro de la ciudad él solo era el grande. Los nobles le miraban con recelo y le temian: sus vasallos fieles corderos se humillaban á su voz; verdad es, que en la época de que hablamos, el pueblo se resignaba á todo; amamantado con la hiel de la servidumbre, vejetaba entre las cadenas con la indiferencia del idiotismo, bajaba su cabeza ante leyes tan

tiránicas como la siguiente: *á todo solariego pueda el señor tomarle el cuerpo é todo cuanto en el mundo obier, é el non pueda por esto decir á fuero ante ninguno:*

Bien hacia en permanecer impasible en las luchas de la nobleza, porque al fin, nunca dejaria de ser un siervo, ya se llamase Arzobispo, Duque ó Conde, el señor.

Conociendo el anciano que se apartaba algo del verdadero objeto, hizo una pausa y continuó:

—No estrañéis mis reflexiones y que no sea tan suscinto como debiera al contaros la historia de ese hecho; pero tened en cuenta, que todo tiene su enlace, y que creo oportuno conozcais, aunque ligeramente, el estado político de esa sociedad, en que la razon se traducia por la fuerza, y la ley por la voluntad individual. Don Suero era dueño absoluto en la ciudad, y bajo su onnímodo poder cayeron sus enemigos; entre ellos don Alonso Suarez de Deza, que lo redujo á prision encerrándole en un calabozo del castillo de la Rocha, que poseia en el camino de Iria Flavia, hoy Padron.

Alli espiró don Alonso al rigor de su fatal destino, sin que una sola voz se alzase en su defensa.

El 16 de Setiembre de 1358 fué un dia de luto

para la familia de los Dezas. La causa de su muerte la atribuyen algunos escritores á los celos y la tradicion lo refiere en el siguiente canto popular.

Pretiño da rua Nova
da rua da Balconada,
mataron ó Arcebispo
por celos d' unha madama.

Sin que se deseche tal opinion, no puede negarse que obró, y por mucho, el fanatismo político, que siempre empieza donde la verdad concluye, y produce consecuencias tan funestas, como funesto es todo lo que procede del error y la obcecacion. En fin, lo cierto fué que don Alonso murió en la Rocha, y que don Suero era el señor del castillo.

Ocho años despues, el rey don Pedro, acompañado de Fernan, hijo de don Alonso, vino á Compostela; segun algunos, llamado por los deudos de aquel; si bien otros, con el objeto de tener á raya la teocracia compostelana; cualquiera que fuera la razon de la venida del rey, lo indudable era, que se hallaba en Santiago habitando eu una celda de San Martin de Pinario el Corpus de 1366, dia de desgracia para Compostela, que en medio

de la alegría que por todas le cercaba, no se cuidaba de la tragedia que iba á suceder. Entre el clamoreo de las campanas, del sonar de los timbales, del eco de las *chirimias*, del religioso canto de los sacerdotes, se agitaba alegre, bullicioso, pero con gran veneracion, viendo como recorría las calles, la solemne procesion del Corpus, que se celebraba con un fausto y pompa sin igual, cual en ningun pueblo de España, pues en aquel tiempo era la Basilica del Zebedeo una segunda Roma. Cruzando por la puerta *Faxeira*, hoy Fagera, y al internarse en la rua de la balconada, se oyó un agudo y lastimero... ¡ay!... y don Suero cayó en tierra bañado con su sangre: un tiro de ballesta le atravesó el pecho. El terror cundió por todas partes, y el pueblo se agitaba cual si fuera un rio desbordado gritando al traidor! al traidor!.. La procesion se retiró á la catedral, á donde en brazos de sacerdotes se condujo á don Suero, que espiró ante el altar mayor; pero ni aquel Santo lugar fué respetado por los terribles secuaces del rey don Pedro.

Un grupo de hombres, capitaneados por un infanzon, se lanzó en su irreverencia hasta el pié del ara Santa, y consumaron el inaudito crimen de

asesinar al Dean. Si reflexionamos con alguna calma sobre los acontecimientos referidos, deduciremos siempre, que al dado de las venganzas particulares, la rencorosa pasion de partido pesó en la balanza de tan tristes sucesos. No vemos á don Suero persiguiendo solo á don Alonso; tambien contra otros caballeros empleó el rigor de su imperio. La mano de Fernan, hijo, la dirigió la venganza particular; la de Fernan, caballero, el fanatismo por su rey; ved aquí la causa de la conjuracion; cierto seria que terribles deudas particulares se hubiesen satisfecho con sangre, pero la causa principal, buscadla en los odios de partido, que sacrifican siempre sus víctimas sobre la pira de la intolerancia y del error.

El fanatismo político es el mas cruel verdugo; esos altares que levanta para rendir culto á una idea, ó mas bien á la ambicion, están elevados sobre un lago de sangre; abrid la historia de todos los siglos y vereis confirmada tan triste verdad. Ningun partido hallareis que no cuente en sus anales tan sensibles páginas; el que blasona de mas humanitario, aquel suele cubrir sus crímenes con esta fórmula: «La salud de la patria lo exige!» A esta voz rodaron sobre el cadalso las cabezas de

honrados ciudadanos, las de virtuosos padres de familia y las de inocentes vírgenes; en fin, no es mi objeto ahora discutir sobre una verdad, que la historia confirmó y prosigo en mi narracion.

D. Pedro al ver que el furor del pueblo se redoblaba, que los partidarios del arzobispo se movian en son de guerra, que por todos se anatematizaba el asesinato del arzobispo, reunió sus parciales, y en el consejo que tuvieron se decidió abandonar la ciudad, donde el peligro era extraordinario, el riesgo seguro, pues el tumulto crecia, y nobles y plebeyos se aprestaban para la lucha.

D. Pedro, entonces, á favor de la oscuridad de la noche, montó en un brioso alazan y huyó de la ciudad compostelana, no como rey de Castilla, si no como un aventurero; Fernan Perez Churruchao le siguió, y la ciudad recuperó su tranquilidad.

El anciano, despues de terminar sus reflexiones me dijo:

—No os aconsejo que sigais en este punto mi opinion, ni menos que la desecheis del todo; en las crónicas encontrareis relatos distintos, opiniones discordes; en una palabra, algo de verdad, pero tambien mucho de invencion. Formad, segun vuestro critério, el juicio que os parezca mas lógi-

co y despues meditad sobre lo que llevo relatado.

—No temais, le contesté: que si algun dia llevo á escribir, seré fiel relator de lo que me contais.

—Pues bien, jóven, para que nada ignoreis, concluiré por deciros, que por la muerte del arzobispo y dean se cerró la Santa Basílica, profanada con el derramamiento de sangre y la ciudad se vistió de luto; todo fué llanto y desolacion. Mientras tanto no se purificó, fué el cabildo á celebrar los sacrosantos misterios de nuestra sublime religion á *Conxo*, ahora Conjo, convento de frailes mercenarios, convento á quien dió origen un misterio de amor, y dentro de cuyas sombrías bóvedas, lloró una mujer, la de irreparable pérdida del bien que idolatraba su corazon.

Explicado teneis la historia del dicho *Vaiche namisa en Conxo*, del que se usa siempre cuando se quiere exagerar el tiempo que pasó sobre algun suceso.

Asi que concluyó, besé su mano y despues de mútuos ofrecimientos, nos despedimos.

CONCLUSION.

El castillo de la Rocha que citamos estaba situado en el camino, que conduce desde Santiago á Pontevedra, á media legua de aquella ciudad. De este monumento de la edad feudal, no existen mas que los cimientos cubiertos con espeso musgo; la furia del tiempo que todo lo destruye, lo redujo á la nada sepultando bajo sus ruinas los misterios de que fué testigo.

En vano la curiosidad demanda á aquel lugar un eco del pasado tiempo; nada existe que nos revele esa historia, que la tradicion nos trasmitió, historia que escribí sin pretensiones literarias, sin blasonar de erudito: las palabras del anciano fueron la crónica que consulté, el único libro en donde leí.

FIN.

Ante

Caramelo

Suave

Delicioso

Humano



